

Roxana Morduchowicz



Ruidos en la web



Cómo se informan
los adolescentes
en la era digital |



Este es un libro sobre los adolescentes. También sobre las tecnologías. Y sobre ciudadanía y política. Desde estos cuatro ejes y analiza las serias dificultades que tienen los jóvenes para buscar, procesar, seleccionar, evaluar y utilizar el enorme caudal de información que circula hoy en internet. Adolescencia, tecnología, educación y cultura ciudadana: sobre estos cuatro ejes se asienta Ruidos en la web para explorar un interrogante crucial: cómo se informan los jóvenes en un universo de saberes sin límites. La pregunta es asediada a partir de múltiples enfoques: desde la forma en que los chicos utilizan internet para las tareas escolares, los nuevos hábitos propios de esta era tecnológica, su impacto en el espacio doméstico, el cambio en el concepto de autoridad cuando se trata de acudir a una fuente de información, la dificultad para distinguir entre contenidos falsos y genuinos. Y de esta problemática se desprende la preocupación por el modo en que se está formando la futura dirigencia y sus consecuencias sobre la democracia. Con un estilo ameno que no va en desmedro del rigor académico, Roxana Morduchowicz, especialista en cultura juvenil y en la relación de los chicos con las pantallas e internet, brinda un panorama de la situación, desmitifica postulados poco consistentes, se resiste a los clichés y pone en agenda un tema de interés universal.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Ruidos en la web](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[1. El riesgo de negar la historia](#)

[Las noticias falsas preocupan al mundo](#)

[Acceder no garantiza pensar](#)

[2. Empecemos por el principio: ¿leen los adolescentes?](#)

[Habitaciones tecnológicas](#)

[Pantallazos](#)

[Lecturas simultáneas, breves y veloces](#)

[3. ¿Crear o no creer? Esta es la cuestión](#)

[Los riesgos de una búsqueda limitada](#)

[El camino más corto](#)

[Mal de muchos](#)

[Demasiada información](#)

[4. Irse por las ramas... o navegar por las redes](#)

[Redes para todo](#)

[Un encuentro casual](#)

[5. La velocidad de la mentira](#)

[F de Falso](#)

[Las fake news tienen patas largas](#)

[6. ¿Nativos digitales?](#)

Segunda parte

1. Un sólido capital cultural

La marca de ciudadanía

2. Una cultura participativa

3. Aprender a aprender

Los cinco contenidos esenciales

4. Preguntas para un pensamiento crítico

Nueve interrogantes

La alfabetización informacional, una prioridad mundial

Recomendaciones útiles

5. Un mundo ni ancho ni ajeno

Pantallas y batallas

6. Hacia un nuevo concepto de alfabetización

Integrar nuevos lenguajes

Valorar la cultura juvenil

Enseñar a pensar

Cambiar las consignas

Evaluar procesos y recorridos

Actividades prácticas para trabajar la alfabetización informacional

Sin medios de comunicación ni Internet

El valor de la información

Libertad de expresión y de prensa

Representaciones

Distinguiendo géneros

[De lenguajes y medios](#)

[Publicidad y propaganda](#)

[¿Qué se dice?](#)

[Fuentes creíbles](#)

[Información y participación ciudadana](#)

[A modo de cierre... o de nuevos comienzos](#)

[Bibliografía](#)

[Sobre la autora](#)

[Notas](#)

Prólogo

Sacar información de Internet es como intentar servir un vaso de agua con las cataratas del Niágara...

ARTHUR CLARKE, científico británico

Este es un libro sobre los adolescentes. También sobre las tecnologías. Podría ser un libro sobre educación. Y también, sobre ciudadanía y política. A mí me gustaría definirlo como un libro que integra estos cuatro ejes y que busca poner en agenda un tema que preocupa hoy en todo el mundo: *cómo se informan los adolescentes en un universo de saberes sin límites*. Este libro analiza las serias dificultades que tienen los jóvenes para buscar, procesar, seleccionar, evaluar y utilizar el enorme caudal de información que circula hoy en Internet.

En los años ochenta decíamos que solo por ver la serie *Superman* en televisión ningún chico pensaría que podía volar, ni intentaría hacerlo. Frente a los apocalípticos^[1] –y su mirada desconfiada sobre los medios de comunicación, a los que calificaron como influencias negativas que atentaban contra la cultura, la educación y la infancia–, una nueva corriente comenzaba a plantear la inutilidad de condenar a los medios y de pensar a los niños como meras víctimas.

Los chicos –se dijo entonces– no son pasivos frente a los contenidos de la televisión, porque las audiencias nunca absorben e incorporan los mensajes tal como los reciben. Los medios no tienen efectos ilimitados sobre las

personas, porque no tienen el poder de hacer lo que quieren con los públicos.

Casi cuarenta años después mantenemos la misma respuesta, ahora con respecto a Internet. No existe una relación lineal de causa-efecto entre lo que las personas ven en la web y su comportamiento posterior. Sin embargo, aun cuando no determinen linealmente sus acciones, no hay duda de que la información que las personas –adolescentes y adultos– seleccionan y utilizan de Internet influye sobre las decisiones que toman en la vida cotidiana.

Por eso, precisamente, antes de interrogarnos qué hace Internet con los adolescentes, la clave es invertir la pregunta: *qué hacen los adolescentes con Internet*. Lo interesante es analizar cómo utilizan la web, para qué, con qué objetivos y de qué manera. Y es aquí, con estos interrogantes, donde comienza este libro.

Si, como reflejan investigaciones en todo el mundo, para informarse los adolescentes recurren a una sola página web, al primer link que encuentran, no saben identificar al autor de la información y no pueden diferenciar entre anuncios publicitarios y contenidos, las decisiones que tomen se verán afectadas por una información de dudosa credibilidad y por la falta de un pensamiento crítico que la sustente.

¿Qué decisiones podrían tomar los adolescentes que no chequean los datos que encuentran en la web? ¿De qué manera podrían resolver problemas –los más simples y los más complejos– si no saben identificar la procedencia de los contenidos que circulan en Internet? Si las decisiones y la participación social necesitan de información y de reflexión, está claro que la cultura participativa de los jóvenes también estará condicionada por esta falta de actitud crítica.

Una sociedad cuyos integrantes no saben discernir la relevancia de una información, que no pueden establecer su confiabilidad, que carecen de una actitud reflexiva para

evaluarla y procesarla, que no pueden tomar decisiones fundamentadas y cuya participación social es reducida o pobre está construyendo una democracia incompleta.

Es cierto que la limitación de los adolescentes para analizar críticamente la información no es nueva. Antes de la aparición de Internet, los alumnos respondían la consigna del docente o completaban la tarea escolar utilizando solo el libro de texto. Para encontrar material sobre un tema que les interesaba, buscaban en el tomo de una enciclopedia. Para mirar datos curiosos, que luego comentaban en conversaciones con amigos, se basaban en alguna revista que la familia podía comprar. Siempre una fuente, siempre un solo lugar, siempre un único punto de vista. Todo ello, mucho antes de la llegada de la Red.

Sin embargo, como veremos a lo largo de estas páginas, aunque el diagnóstico se parezca, la situación, cincuenta años después, ya no es la misma. Hoy la información circula por otras esferas, infinitas e ilimitadas. El saber ya no está solo en la casa ni se reduce exclusivamente al libro de texto, a la enciclopedia o a la revista que la familia compra. En el siglo XXI la información circula por todas partes. Y ya no es tan fácil distinguir de dónde viene ni identificar a su autor. En este mar de textos y discursos la navegación es confusa. Las olas de información desordenan y descontextualizan los saberes y vuelven más difícil reconocer qué textos utilizar, cuáles son relevantes y qué fuentes hablan con autoridad sobre un tema determinado.

La abundancia de información, propia de la era digital, profundizó la desorientación para seleccionar contenidos de fuentes confiables. Queremos creer que en el siglo XXI más información es la solución a todas nuestras dudas. Que ya no existen preguntas sin respuestas. Que todo lo que queremos saber está en un lugar al que podemos recurrir fácilmente. Que nuestras decisiones son más fáciles. Sin embargo, y como veremos más adelante, la enorme cantidad de información disponible en Internet no trae

consigo todas las respuestas. Por el contrario, genera nuevas preguntas. Y estas son más complicadas. Surgen interrogantes que ya no se responden con un dato o con una frase, sino que necesitan reflexión, pensamiento crítico y análisis. En el siglo XXI, más información no significa necesariamente mejores decisiones. Sin duda, el problema que existía antes de Internet se agudizó y se convirtió en una preocupación mundial.

Hay quienes dirán que la falta de competencias reflexivas no afecta solo a los adolescentes. Muchos adultos carecen de criterios para seleccionar la información de la web y definir la credibilidad de su autor. De hecho, mucho de lo que voy a proponer a lo largo de este libro no remite exclusivamente a los jóvenes. No pocos adultos se sentirán identificados y afectados por la misma dificultad para leer críticamente la información de Internet. Y las recomendaciones y alternativas de solución propuestas en este libro podrían ser también valoradas y utilizadas por los adultos. Todo ello es cierto. Sin embargo, el foco estará puesto en analizar lo que sucede específicamente con *los adolescentes* cuando navegan y se enfrentan a una información sin límites.

¿Por qué esta dedicación exclusiva a los más jóvenes? En primer lugar, porque se trata de un grupo social en plena formación. Los adolescentes viven una etapa de construcción de identidad, que hoy está íntimamente ligada a las pantallas. Internet es uno de los pocos escenarios que, en la propia percepción de los jóvenes, les pertenece: habla de ellos y a ellos. La cultura popular —aquella que construyen los medios de comunicación, la música, las historietas, el cine y la web— les permite entender quiénes son, cómo se los define socialmente y cómo es y funciona la sociedad en la que viven. Para los chicos de este milenio, la esfera digital es el espacio desde el cual dan sentido a su propia identidad. En los blogs y páginas web que crean y en los perfiles que construyen en las redes socia-

les, los adolescentes modelan sus identidades individuales y colectivas y aprenden a hablar de sí mismos en relación con los demás.

Los medios e Internet participan en la construcción de la identidad juvenil en la medida en que ofrecen respuestas a tres preguntas esenciales para la vida de los adolescentes: «quién soy», «quién podría ser» y «quién quiero ser». Es precisamente en el ámbito digital donde los jóvenes despliegan su visibilidad como actores sociales. Esta relevancia que tiene Internet en la vida de los adolescentes del siglo XXI y en la formación de su identidad es la primera razón por la cual necesitamos analizar el vínculo que establecen con la web y explorar la manera en que la utilizan para entretenerse, aprender, informarse y relacionarse con los demás.

El segundo motivo para concentrar el foco en los adolescentes es que ellos son la generación que ocupará cargos de liderazgo –en el sector público, en el privado o en organizaciones intermedias– dentro de quince o veinte años. Al analizar y definir qué formación queremos para estos jóvenes hoy y cómo enseñarles a pensar crítica y reflexivamente las tecnologías para tomar decisiones y participar en la comunidad, estaremos decidiendo qué sociedad buscamos y construimos para las próximas décadas.

En tercer lugar, me interesa hablar de los adolescentes para desafiar la expresión de «nativo digital». Este concepto, muy extendido en todo el mundo, supone que los chicos son nativos digitales porque nacieron con las tecnologías. Pone el énfasis en la edad pero no dice nada de las competencias y las capacidades, que son las que, en realidad, definen cuándo un chico es un nativo digital. Si un adolescente no sabe diferenciar fuentes confiables de las que no lo son, o si «copia y pega» información sin analizarla, no puede recibir el nombre de «nativo digital», aunque haya nacido en el 2000. Podrá contar con un saber instrumental que le permita manejar la herramienta mucho me-

por que sus padres, pero está lejos de ser un verdadero «nativo digital», que solo puede ser definido como tal cuando es capaz de utilizar todo el potencial de Internet de manera reflexiva y creativa. Lo único que hace el concepto de «nativo digital» es desresponsabilizar a los adultos de la formación de los chicos.

Existe un motivo adicional para centrarse en los adolescentes. En todo el mundo se están debatiendo hoy reformas pedagógicas que proponen redefinir el rol de la educación en el nuevo milenio. La dificultad de la escuela para conectar con la cultura juvenil y con los nuevos modos de leer, de ver, de aprender y de conocer de los estudiantes es motivo de preocupación internacional. Frente al docente hoy hay un alumno que convive diariamente con otros lenguajes, saberes y escrituras que circulan en la sociedad en forma de fragmentos. Son saberes *mosaico*, descontextualizados y desordenados. Ponerlos en contexto y orientar a los adolescentes para que puedan organizarlos, procesarlos, analizarlos, utilizarlos y crear a partir de ellos nuevos contenidos es un desafío para la educación en todo el mundo.

En esta cultura mosaico, los fragmentos de nuestro conocimiento son briznas sin orden. Procedemos de una cultura lineal, pero vivimos en una cultura de lo simultáneo. Las nuevas generaciones sufren esta escisión. Han mamado una cultura mosaico, pero en el aula deben enfrentarse a una cultura que se caracteriza por la linealidad y la secuencialidad, por lo verbal, lo abstracto, lo analítico y lo racional^[2]. En este contexto, parece indispensable repensar el lugar de la escuela en relación con la cultura juvenil del siglo XXI.

En virtud de la cada vez más importante presencia del universo digital en la vida diaria de los jóvenes, los países buscan definir el lugar de las tecnologías en la educación. El problema es que la mayoría de las naciones priorizan un abordaje tecnológico instrumental. En otras palabras,

proponen un enfoque basado en la utilización de la herramienta, del soporte. Y recomiendan la enseñanza de programas informáticos, el uso de aplicaciones 3D para enseñar contenidos, o la incorporación de robótica como una nueva asignatura. Más allá del valor de estas propuestas, lo cierto es que la «alfabetización informacional^[3]», que busca fortalecer la capacidad de los jóvenes para evaluar la relevancia y confiabilidad de la información, es aún la gran ausente en las reformas educativas. Vivimos en un mundo donde la calidad de la información que recibimos influye sobre nuestras elecciones, acciones y decisiones. Pero no se enseña cómo seleccionarla.

La alfabetización informacional, según la Unesco, busca empoderar a las personas en todos los ámbitos de la vida para buscar, evaluar, utilizar y crear información, «con el fin de alcanzar sus metas personales, sociales, ocupacionales y educativas^[4]». A pesar de la importancia que tiene la alfabetización informacional en todo el mundo y aun cuando las investigaciones internacionales coinciden en que los adolescentes no saben seleccionar y procesar el gran caudal de saberes y contenidos que circulan hoy en Internet, pocos Estados incluyen este problema en la discusión. Y lo que no se debate, difícilmente se incorpore en una reforma educativa.

Este libro busca, entonces, instalar estos temas en la agenda de los adultos, sean padres, docentes, pediatras, psicólogos, o responsables de políticas públicas. No se trata de etiquetar o responsabilizar a los adolescentes por sus carencias, sino de interpelar a quienes podrían aportar una solución.

Ruidos en la web se divide en dos grandes partes. La primera busca comprender mejor un problema que preocupa hoy en todo el mundo y analiza cuáles son las dificultades y limitaciones que les impiden a los adolescentes manejar la información de manera reflexiva. Estos capítulos abordarán el uso que hacen los jóvenes de Internet,

buscarán entender qué lugar ocupa la información en sus vidas y explorarán las consecuencias que genera en los adolescentes una utilización acrítica de la información y por qué ello les dificulta y obstaculiza su ingreso en la sociedad del conocimiento.

A partir de este diagnóstico, el foco de la segunda parte estará en definir y ofrecer propuestas concretas que los adultos –la familia, la escuela o el Estado– podrían instrumentar para revertir la situación. Estos capítulos buscarán explicar qué contenidos podría incluir la alfabetización informacional, cuáles son los conceptos más importantes – aquellos que no pueden faltar– y de qué manera podrían enseñarse a los adolescentes, desde la escuela y en la familia.

Hay un apartado final, casi como un apéndice del libro, que ofrece actividades prácticas para que padres y docentes puedan desarrollar con los adolescentes.

El desafío en este mundo saturado de textos, discursos y lenguajes es convertir la información en conocimiento y el conocimiento en capital cultural. La información forma parte del saber, pero el saber no se limita exclusivamente a la información. Este abordaje reflexivo es la gran urgencia y la gran asignatura pendiente en el siglo XXI.

En definitiva, se trata de que, cuando quieran tomar un poco de agua del caudal de la web, los adolescentes no sientan el temor de estar frente a las cataratas del Niágara.

PRIMERA PARTE

1. El riesgo de negar la historia

Los datos no son información.
La información no es conocimiento.

CLIFFORD STOLL, físico y escritor
estadounidense

«El Holocausto nunca sucedió. Al menos eso es lo que parece en el universo de Google».

Así comenzaba su artículo la periodista Carole Cadwalladr en el reconocido diario británico *The Guardian*. Ella contaba en la nota su pequeño experimento: había tipeado en el buscador «¿Sucedió el Hol...?», y Google completó automáticamente con la frase «¿Sucedió el Holocausto?». El buscador la remitió rápidamente a una lista de páginas *online*. El primer link que apareció —explicaba la periodista— fue el sitio web de «Stormfront», un movimiento neonazi integrado por «blancos nacionalistas», como sus integrantes se definen, y que exhibía un artículo titulado «Las 10 razones por las que el Holocausto nunca sucedió».

Más allá de interrogar los motivos por los que Google incluye como primer link el de una agrupación neonazi, el experimento británico deja en evidencia un problema adicional: los estudios internacionales reflejan que, cuando buscan información en Internet, la gran mayoría de los estudiantes secundarios utilizan *solo el primer link* que encuentran. No buscan un segundo o tercer sitio web que les permita comparar contenidos o puntos de vista.

Imaginemos por un momento que un grupo de alumnos, no importa en qué país, hubiera recibido como consigna escolar escribir sobre el Holocausto. Seguramente